

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

ADLER SOLOMON. *La economía china*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.

Un país que surge, con pretensiones de pasar de un retraso secular a ser una potencia mundial, es sin duda un caso digno de observación. El interés puede llegar al grado de considerar el desarrollo económico de China como el acontecimiento más importante de la historia económica en la centuria actual, si es que en efecto China logra colocarse, dentro de dicha centuria, en un lugar de vanguardia.

El evento económico está precedido de uno político: la instauración de un régimen comunista. Contrariando una vez más las previsiones de Marx, la adopción de dicho régimen tuvo lugar en un país de los más retrasados de la tierra. Los intentos precedentes, a partir de la república de Sun Yat Sen, para salir de ese atraso, prácticamente habían fracasado. Fracaso también la ayuda norteamericana al régimen nacionalista con el mismo fin. Para no correr igual suerte, el gobierno comunista tuvo que adaptar su política a los múltiples obstáculos que el país presentaba para su desarrollo. Un cambio brusco hubiera resultado imposible. Hubo que combinar revolución con evolución, y dar un carácter paulatino a las transformaciones. Muchas veces hubo que contemporizar y que atraer, en vez de combatir.

El libro que se comenta tiene un tono que hace pensar en parcialidad derivada de simpatía hacia la revolución china. Le falta el contraste de luces y sombras que parece reflejaría mejor la realidad. La parte que principalmente da lugar a perplejidades es la conquista por el comunismo del propio empresario capitalista, quien se ha mostrado dispuesto a colaborar en la construcción del socialismo, y la correlativa ausencia de una poderosa fuerza reaccionaria opuesta al cambio de régimen. De ser esto verdad, el

caso chino sería en alto grado singular. La colaboración del empresario capitalista pudiera explicarse simplemente por la falta de alternativa en que se le coloca, mediante una habilidosa labor política; pero de todas maneras significa un camino nuevo, lleno de ventajas respecto al de desplazamiento.

Lo mismo sucede en el caso particular de la colectivización de la agricultura, aunque aquí la incorporación voluntaria del pequeño agricultor se explica porque tal ente en general no existía con el carácter de propietario de la tierra, sino que era nuevo y emanado de la propia revolución. La colectivización, por lo demás, ha sido en China un movimiento *sui generis*, porque no ha traído la mecanización en escala apreciable. Esto deriva de dos factores: la presión demográfica sobre la tierra y la falta de industrialización. En China, más que en cualquiera otra parte, la revolución técnica de la agricultura no surgirá de la agricultura misma sino en escala insuficiente; la influencia determinante será exógena y provendrá de la industrialización. La industria será la actividad rectora y la agricultura la actividad inducida, en el proceso de desarrollo económico.

La relación anterior entre las dos ramas económicas se aplica al proceso de desarrollo; pero en la iniciación de dicho proceso la relación es la contraria. Era requisito previo romper la estructura feudal de la tenencia de la tierra, sin lo cual no podía esperarse una evolución. La ruptura se hizo desplazando a los terratenientes y poniendo la tierra en manos de los cultivadores, hasta entonces arrendatarios. Esto no contradice el no desplazamiento del empresario capitalista porque al terrateniente rentista no se le puede considerar como tal.

Conforme ha sucedido en otros países, se venía afirmando que China estaba mal dotada de recursos para la industrialización, y lo que faltaba era investigación y búsqueda de tales recursos. En los últimos años el punto de vista pesimista a este respecto se ha batido en retirada. Se tiene ahora la certeza de que hay abundancia de recursos para la industrialización, lo cual es de primera importancia, pues no existe otro portillo por donde conducir el desarrollo económico.

Lo logrado por China se explica no sólo por la oportunidad que proporciona un nuevo régimen para romper inercias y obstáculos ancestrales muy arraigados, junto con la visión y capacidad de los nuevos gobernantes; sino también, y en forma muy importante, por la ayuda técnica y económica prestada por la URSS. Dicha ayuda sirve asimismo para asegurar la estabilidad interna del nuevo régimen y para precaverlo de asechanzas exteriores.

Desde un punto de vista de política internacional, o sea desde el aspecto geopolítico, como decían los alemanes, la conversión de China al Comunismo, y el robustecimiento económico de este país, amplían en una forma impresionante el macizo continental dominado por el bloque comunista.

Hasta la época del Kuomintang la

extensión territorial de China y su abundante población le habían servido como una defensa natural. La influencia de las grandes potencias se paraba en la periferia, en "los puertos sujetos a tratado"; Japón sí estableció sólidamente su dominio en la Manchuria; pero a costa de una guerra interminable y extenuante con el resto del país. La influencia norteamericana en el gobierno nacionalista se disolvía y esfumaba ante la magnitud de los problemas y las prevaricaciones de funcionarios corrompidos. Y eso que China no era en modo alguno una unidad económica, y sólo trabajosamente una unidad política. Los comunistas han emprendido la tarea de la unificación económica, que quiere decir ampliación de las comunicaciones y del comercio interior, lo que hará del país un enorme bloque y aumentará las posibilidades defensivas. De hecho han supeditado mucho de la unificación política a la unificación económica.

De lo dicho se desprende el tremendo interés del caso chino, y el beneplácito con que está siendo acogida por los lectores de habla española esta edición del Fondo de Cultura Económica. El estilo, ameno y ágil, hace la lectura fácil y apasionante.

RAMÓN FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ